El rompecabezas de la memoria

Mariana Sández traza una novela teatral que relata con humor e ironía la relación impuesta de los vecinos forzados a convivir

EVA COSCULLUELA

Tenemos distintas versiones de nosotros mismos en función del vínculo establecido con quien hablamos. Somos hijos cuando estamos con nuestros padres, no importa la edad, pero somos padres cuando estamos con nuestros hijos; depende con quién, somos jefes o empleados, clientes o amigos. Somos uno y somos muchos, siempre tratamos de dar nuestro mejor perfil. De esas versiones y de los vínculos que establecemos con los demás trata esta novela de Mariana Sández (Buenos Aires, 1973). La excusa: un edificio al que se mudan los Almeida, un matrimonio culto y educado con una hija, Charo; y los Vilendi, que viven justo encima y que son todo lo contrario: un matrimonio mal avenido, ruidoso y gritón, con una niña de la edad de Charo; enfrente, una pareja joven en el piso bajo y un cincuentón solitario en el de arriba. Los Almeida y los Vilendi chocan nada más llegar —ayudan mucho las peleas de los vecinos de arriba, que retumban en el edificio—, pero las dos niñas se hacen amigas y eso forzará una relación llena de vaivenes entre Leila Almeida y Gloria Vilendi. La amistad entre mujeres es otro de los grandes temas de la novela.

Una casa llena de gente
Mariana Sández
Impedimenta, 2022
321 *páginas*
21,50 *euros*
★★★★★

CHARO ALMEIDA ERA una niña cuando se mudaron al edificio. Ahora, convertida en dramaturga de éxito, hereda una caja que su madre le ha preparado antes de morir con unos cuadernos que mezclan diarios, notas sueltas, fotografías, vídeos y documentos, en los que Leila trata de explicar quién fue. En cinco actos, Charo recompone la imagen de su madre, una mujer enferma de literatura, excéntrica y de ánimo cambiante, que vive ausente, absorta en su trabajo como traductora, y que opina que la literatura es la única casa llena de gente que merece la pena; que es más feliz entre los personajes de los libros que lee, que traduce y que intenta escribir que en la vida real.

LA CASA ES UN PERSONAJE MÁS EN LA NOVELA, ofrece la banda sonora de la vida de sus habitantes: el portón que cada madrugada golpea a la misma hora, cuando un vecino vuelve a casa; las fogosas relaciones sexuales de los Vilendi los sábados por la noche... La intimidad familiar queda expuesta a los demás y la percepción que unos tienen de los otros deja de ser la pretendida. Como contrapunto a todo ese ruido, los silencios de Leila, densos y pesados, que la aíslan de un mundo que no va con ella. A partir de las notas de su madre y de los testimonios de familiares y vecinos, Charo reconstruye aquellos años. Con un repertorio de voces bien construidas y bien diferenciadas, Mariana Sández traza una novela teatral que relata con humor e ironía la relación impuesta de estos vecinos forzados a convivir, con sus conflictos y sus treguas, sus imposturas y sus complicidades, tan real como la vida. ■

Mariana Sández

MONÓLOGO DE PATRICIA LOCKWOOD

La primera novela de la poeta viral y ensayista **Patricia Lockwood** se ocupa de nuestra poco virtuosa vida 'on line'

Poco se habla de esto
Patricia Lockwood

Trad.: Inga Pelliza
Alpha Decay, 2022
208 *páginas*
19,90 *euros*
★★★☆☆

RODRIGO FRESÁN

Poco se habla de esto' trata de algo de lo que se escribe demasiado. Y de lo que se lee demasiado. Es decir: esta primera novela de la poeta viral y ensayista y conferenciante, autoficcionalista (autora de la muy divertida a la vez que inquietante 'Priestdaddy') y, uh, muy celebrada tuitera Patricia Lockwood (Indiana, 1982) se ocupa y preocupa de lo mucho que «hablamos» (de lo mucho que leemos y escribimos) en esa otra vida cada vez más parte de nuestra vida (cada vez reclamando un mayor parte de nuestra vida) que es nuestra poco virtuosa vida 'on line'.

Lockwood ya había reflexionado/advertido sobre la cuestión en un ensayo muy 'tuiteado/linkeado' en 2018 ('¿Cómo escribimos ahora?') preocupada por nuestra cada vez menos concentrada mente, fatigada y erosionada por años de sobreexposición a internet y al 'zapping-surfeo' espasmódico, y no libre, pero sí prisionero, de la disociación de ideas con poco y nada que ver con los experimentales libres flujos de consciencia de obras maestras del modernismo a principios del siglo XX. Sorpresa o no tanto, la novela de Lockwood intenta responder críticamente a la cuestión pero haciéndolo con modales que remiten inequívocamente a lo que critica. Así, otra novela tras la estela de eso que puso tan de moda la serie inglesa 'Black Mirror' (la fascinación atemorizada por 'gadgets') y tan fragmentada como la mente de alguien cada vez más fragmentado y, por lo tanto, imposible de satisfacer.

Esta modalidad de escritura casi epigramática (por allí pasaron Elizabeth Hardwick y Joan Didion y Renata Adler, más cerca nuestro, Rachel Cusk y Catherine Lacey y Jenny Offill) lejos está de ser algo novedoso, pero sí es periódicamente puesta al día por demanda de 'zeitgeist'. Ya se sabe: ficción con mujer borrándose como archivo corrupto en busca de antivirus que permita renombrar al 'doc 'de sus existencias.

Patricia Lockwood (Indiana, 1982) // ABC

OTRA OBRA TRAS LA ESTELA DE ESO QUE PUSO TAN DE MODA LA SERIE INGLESA 'BLACK MIRROR'

Poco se habla de esto –narrada casi con cadencia de monólogo de comedia 'stand up' estilo Fran Lebowitz y, seguro, ya lista para ser tan tristemente imitada– se ocupa del casi clínico estudio informático-sintomático de una mente avasallada por la estadía de demasiado tiempo en pantalla. Así, personas raras que se (des)conocen en redes sociales, situaciones absurdas, malentendidos que exigen ser bien entendidos pero también, de pronto, ese tono gracioso va perdiendo gracia y ganando en desgracia. Ya nada resulta tan divertido y juguetón y, sí, infantil. El efecto que se va imponiendo es parecido al de las novelas-en-pedazos y casi de denuncia de Vonnegut o al de los tremendos relatos de L. Moore y A. M. Homes.

Desengancharse

Así, la hermana de la protagonista (como la de la propia Lockwood) da a luz a un bebé con severas malformaciones y, claro, el descubrimiento del problema de toda adicción: aquello que daba risa ahora da otro tipo de risa, la risa que se parece tanto a un grito. ¿Y cómo era eso de sentir emociones para las que no hay 'emojis'? Difícil recordarlo... Y entonces, claro, lo único que se desea es lo que en los viejos tiempos se conocía como desengancharse y que ahora ha mutado a desenchufarse. Pero si bien se podía conseguir aquello, parece que no se puede ni se podrá conseguir esto. ■